

SERVICIOS SECRETOS

El 16 de julio de 1940, el general Jodl, planificador de la invasión de Gran Bretaña, convoca al almirante Canaris, jefe de la Abwehr (Servicio de Información de la Wehrmacht) y le ordena infiltrar en Gran Bretaña a los espías que deberán gular a las tropas germanas cuando éstas desembarquen en el país. Todos los espías deberán encontrarse en suelo inglés para el 15 de agosto, es decir, un mes más tarde. Taconazos y órdenes altisonantes: «Hoy, lo imposible debe ser posible, ¡Heil Hitler!». Los Servicios Secretos alemanes envían a Gran Bretaña, por medios subrepticios, a doce hombres y una mujer, cuyo entrenamiento en las tácticas del espionaje ha sido tal vez el más breve de toda su historia. No cabe duda de que se trata de individuos abnegados; lo malo, sin embargo, es que hablan muy mal el inglés.

Detenidos y ahorcados

Carl-Heinrich Meier entró en un pub a las nueve de la mañana y pidió una cerveza. Sorprendida de que un cliente pidiera alcohol antes de la hora legal, la propietaria del establecimiento llamó a la Policía. Meier fue ahorcado el 10 de diciembre. Uno de sus compañeros fue a comer a un restaurante de Soho y entregó a la camarera a la hora de pagar uno de los «tickets» de alimentación que llevaba en el bolsillo. También fue ahorcado. La Abwehr ignoraba que para comer en los restaurantes de Londres no hacían falta tales «tickets». Un tercer espía preguntó cuánto costaba un billete de tren para Bristol, y al oír la respuesta: «ten and six» (diez chelines y seis peniques), entregó por error diez libras y seis chelines. Este acabó igualmente en la horca. Un cuarto agente se suicidó al verse solo. El quinto, Waldberg, se entregó a la Policía: estaba medio muerto de sed y no sabía una sola palabra de inglés. El sexto y el séptimo fueron sorprendidos en la misma costa con el culo al aire en el momento en que se estaban cambiando de pantalones. El octavo se ahogó accidentalmente. El noveno, Theo Druceke, llegó caminando a una estación y preguntó al empleado: «¿Dónde estoy?». Murió valientemente. El décimo, Hansen, se torció un tobillo al tocar tierra con su paracaídas. Este último y un compañero suyo, detenidos al poco tiempo de rozar el suelo inglés, se pusieron al servicio de los británicos. La única mujer, Vera, llamada «La Condesa», llegó al final de la guerra sin problemas: pertenecía al Intelligence Service Inglés. Fue ella quien denunció al espía número trece, que fue ahorcado un año más tarde.

Entre la orden de Jodl y la salida de los espías «kamikaze» llegó la orden de suspensión de la proyectada invasión de Gran Bretaña. Sin embargo, nadie pensó en avisar de este cambio a los interesados.

«El espionaje —afirma el orgulloso lema de los Servicios alemanes— es un oficio de señores». En un libro recientemente aparecido en Francia y aduciendo docenas de ejemplos, como los que acabamos de citar (1), Ladislav Farago demuestra que el espionaje nazi, concebido por sangrientos canallas y llevado a efecto la mayor parte de las veces por imbéciles alucinados, fue, sin lugar a dudas, el fracaso más espectacular de la empresa hitleriana.

Parece ser que el autor encontró por casual-



Canaris, jefe de la Abwehr, envió a Inglaterra trece espías, para que prepararan el terreno a la Wehrmacht. Sólo uno de ellos logró salvarse: se trataba de una agente inglesa...

UNA GUERRA DE BOBOS

dad toda su documentación en un maletín metálico lleno de microfilms que apareció en los Archivos Nacionales americanos: el maletín contenía nada menos que los documentos secretos de la Abwehr relacionados con el espionaje germano en Gran Bretaña y Estados Unidos. Podemos creer o no al autor cuando nos habla del fantástico modo en que realizó su descubrimiento. No importa: lo que en realidad importa es que haya dado con los «dossiers» completos alemanes y que el contraespionaje británico y el FBI le hayan permitido examinar sus respectivos archivos, y que él mismo haya entrevistado a los pocos espías que escaparon a la horca o la silla eléctrica a cambio de una traición. Porque de esta confrontación de documentos y testimonios ha surgido por

primera vez un cuadro completo de las actividades de un Servicio Secreto.

Este cuadro resulta abrumador por todo lo que revela de mediocridad intelectual, de despilfarro humano y material, de obstinación en el absurdo y el error. Se trata, sin duda, de una Abwehr gravemente gangrenada por el cretinismo nazi, pero la lectura de ciertas páginas, que evocan numerosas analogías más o menos recientes, nos induce a preguntarnos si los archivos de cualquier otro servicio no presentarían una balanza igualmente negativa. Contrariamente a lo que ocurre con los generales, los jefes de los servicios de espionaje, dueños absolutos de sus archivos, tienen la maravillosa posibilidad de no publicar más que sus victorias. Ha sido preciso el acceso, por primera vez en la Historia, a la totalidad de los «dossiers» de una organización para que haya podido publicarse un libro semejante, que no constituye la descripción entusiasta de un Austerlitz cuidadosamente seleccionado de la guerra secreta, sino el inventario metódico de Waterloos semanales. La obra de Farago ratificará en su opinión a quienes piensan que el espionaje es la actividad humana que, careciendo de un control efectivo, moviliza el máximo de medios y obtiene unos resultados mínimos.

El espía que engañó a Hitler

La Abwehr tuvo, es verdad, un agente realmente notable. De origen holandés, Koehler había trabajado ya para Alemania durante la primera guerra mundial. Durante la segunda fue enviado por los Servicios Secretos a los Estados Unidos. Nada más llegar, Koehler se entregó al FBI y se ofreció para transmitir con su emisor mensajes falsos destinados a la Abwehr. El juego duró tres años, para gran satisfacción de John Edgar Hoover, el cual escribió al final de la guerra un largo artículo sobre «el espía que engañó a Hitler». Sin embargo, Koehler se burló en realidad de Hoover, pues había instalado cerca de Nueva York, sin que se enterase el FBI, que evidentemente no le vigilaba lo suficiente, un segundo emisor, con el que transmitía a la central de la Abwehr mensajes auténticos. Hazafia, sin duda, la de Koehler, pero hazafia sin alcances prácticos: careciendo de una red de informadores, Koehler no tenía nada preciso que comunicar a los alemanes. Mientras tanto, las redes de espionaje alemanas se las ingenjaban para aportar a la Abwehr pruebas de que Roosevelt era judío... Los intentos en este sentido sólo cesaron con la muerte del Presidente americano; pero qué importaba, desde el punto de vista incluso de los Servicios alemanes, que esos esfuerzos fuesen ridículos. De todas formas, Hitler rechazaba a priori toda información que no indicase claramente que Estados Unidos estaban al borde de la descomposición. Aunque la Abwehr hubiese contado con agentes idóneos, éstos no habrían sido escuchados por Berlín...

Quedan las decenas de hombres y mujeres que se pusieron a su servicio, y muchos de los cuales aparecen en esa vasta comedia humana que es el libro de Farago. Sea cual fuere el valor de la obra, los actores del espionaje son siempre apasionantes. Viven y mueren como no se vive ni se muere en las novelas de hoy. ■ GILLES PERRAULT.

(1) «La guerre des grands espions». Stock.